

MUJERES IMPRESCINDIBLES. EDUCADORAS EN LA VANGUARDIA DEL SIGLO XX

Por AUTORES VARIOS. Pontevedra: Editorial Kalandraka. Colección Biblioteca de Pedagogía, 2022, 222 páginas. ISBN; 978-84-1343-140-6. Prólogo de Antón Costa Rico y Manuela Rodríguez

El quinto objetivo de desarrollo sostenible (ODS), con el horizonte del año 2030, formulado por la Organización de las Naciones Unidas en 2015, se refiere al logro de la igualdad entre los géneros y al empoderamiento de todas las mujeres y las niñas, entendiéndose que dicha igualdad no es solo un derecho fundamental, sino la base para un mundo pacífico, próspero y respetuoso con el medio ambiente. Este logro de la igualdad requiere la puesta en marcha de distintas medidas que afectan a variados ámbitos sociales, económicos, culturales, y por supuesto, educativos.

El libro que ahora nos ocupa, *Mujeres imprescindibles. Educadoras en la vanguardia de siglo XX*, supone una aportación relevante para la obtención de esa igualdad y empoderamiento femenino deseados: la visibilización de mujeres, en este caso docentes, que han contribuido de manera significativa al mundo de la educación, y que pueden actuar como referentes, siempre necesarios, que iluminen las decisiones y trayectorias académicas y profesionales de jóvenes y adultas. Esta publicación no es un elemento aislado. Dentro de la historiografía contemporánea, la historia de las mujeres – y, en su seno, de las docentes – es actualmente un poderoso ámbito de investigación y de conocimiento, como se percibe en la realización de múltiples congresos sobre dicho campo, en la atención prestada desde cada vez más publicaciones, tanto académicas como no académicas, y en la proliferación de colecciones editoriales en torno al feminismo y a su vertiente histórico-educativa.

Nos hallamos ante una monografía coral, abierta por un prólogo escrito por Antón Costa Rico y Manuela Rodríguez y seguida por nueve

capítulos, dedicado, cada uno de ellos, a una educadora «imprescindible» y escritos por personas de reconocido prestigio en la materia: Rosa Sensat, 1873-1961 (Joan Soler), María Barbeito, 1880-1970 (Ana Romero), María de Maeztu, 1881-1948 (Raquel Vázquez), María Luisa Navarro, 1855-1948 (Dolores Cotelo), María Sánchez Arbós, 1889-1976 (Víctor Juan), Justa Freire, 1896-1965 (María de Mar del Pozo), Elbira Zipitria, 1908-1982 (Miel A. Elustondo), Marta Mata i Garriga, 1926-2006 (Núria Simó) y Carmen Miquel i Diego, 1944-2019 (Carmen Agulló).

El prólogo de Costa y Rodríguez nos sitúa dentro del contexto en el que debemos ubicar a estas maestras, un siglo XX caracterizado por el reconocimiento de los derechos de las mujeres, gracias, entre otros factores, a la fuerte reivindicación que efectuó un núcleo de ellas. Dentro del mundo educativo, ambos autores resaltan algunos pasos emancipadores que se dieron a principios del siglo XX relacionados con las mujeres docentes, como la posibilidad para las mujeres de matricularse libremente en estudios superiores, profesionales y universitarios (1910); la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907), motor de europeización y modernización cultural; la creación de la Escuela Superior de Magisterio (1911) y la Real Orden, dictada en 1911, que facilitaba la escolarización de niños y niñas en las mismas aulas, entre otros. Además, desde el inicio de los años veinte, y continuando claramente en la Segunda República, se intensificaron estos avances. En el terreno de las influencias pedagógicas, la mayoría de las educadoras a las que se dedica el libro se van a sentir atraídas por las orientaciones pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), la Escuela Moderna de Barcelona, con su ramificación a través de las escuelas racionalistas, y el movimiento pedagógico internacional de la Escuela Nueva. No es de extrañar, entonces, que muchas sufrieran más tarde la dura represión del franquismo.

Es importante señalar las principales líneas de conexión entre estas nueve docentes, incluidas en el prólogo, que ilustramos con ejemplos. Ellas nos servirán de hilo conductor en esta recensión. La primera de ellas es la *fuerte inquietud que poseen por la formación*, que transita de los estudios medios a los normalistas, y que prosigue a lo largo de sus vidas mediante lecturas, viajes para conocer experiencias innovadoras en Europa, con frecuencia impulsadas por figuras de renombre dentro del movimiento de la Escuela Nueva, y encuentros con otros profesionales

de la educación. Aquí, además, queremos reseñar el enorme papel que juega en un primer momento la familia, que permite e impulsa a estas mujeres al estudio. Un claro ejemplo es el de María Luisa Navarro, quien tuvo la suerte de que su padre, de clase media e ideas liberales, se planteaba para sus hijas un futuro distinto al tradicional, que las destinaba a ser «madre-esposas», y les proporcionaba una educación que les posibilitase independencia y autonomía, eligiendo para ellas la Asociación para la Enseñanza de la Mujer. Dicha institución, de carácter laico y orientación krausista, dirigida por Fernando de Castro y pionera en la instrucción de las mujeres de clase media, proporcionaba una educación mucho más igualitaria que las generalizadas en dicho momento histórico. También es evidente en el caso de María de Maeztu, cuya madre, Juana Whitney, abrió un colegio femenino en Bilbao, la Academia Anglo-Francesa, en la que enseñaba idiomas y cultura general, y a la que asistió, por supuesto, María, compartiendo aula con hijas de intelectuales progresistas; una madre que la apoyó en todas sus iniciativas de formación en España y en el extranjero. O en el más reciente de Carme Miquel i Diego, hija de maestra y maestro, quienes se preocuparon en que su hija pidiera una beca, que consiguió, para continuar sus estudios en el Colegio de las Madres Escolapias. Aún hoy en día, el apoyo familiar resulta fundamental tanto para estudiar como para una elección realmente libre del futuro profesional, sin condicionamientos en virtud de estereotipos de género u otro tipo de factores.

Pero si la familia es importante, no hay que olvidar el enorme empeño, la pasión de estas mujeres por seguir formándose, por viajar y conocer nuevas experiencias en una sociedad, recordemos, con un fuerte carácter patriarcal, muy poco igualitaria. Aquí jugó, sin duda, un papel de primer orden la Junta de ampliación de Estudios (JAE), que, en muchos casos, les posibilitó esa magnífica oportunidad. Gracias a ella, en la década de los veinte del siglo pasado, encontramos a María Luisa Navarro completando sus estudios de Pedagogía en Alemania, y más tarde, visitando Francia, Suiza y Bélgica, país donde asiste a las clases de Decroly; o, en los treinta, a la gallega María Barbeito viajando por Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza e Italia para conocer varias instituciones educativas.

Un segundo elemento que une a estas docentes excepcionales es su *enorme compromiso con la educación, especialmente infantil y juvenil, y*

con los valores democráticos. Son tantos los ejemplos, que es difícil seleccionar. Basten dos de distintos momentos históricos: Justa Freire, tanto como maestra del grupo escolar Cervantes, como más tarde del Grupo Escolar Alfredo Calderón, se caracterizó siempre por proporcionar una educación fundamentada en el respeto a la personalidad infantil y en la utilización de metodologías didácticas de carácter activo, las defendidas por la Escuela Nueva, y, en plena Guerra Civil, con un grupo de niños y niñas evacuados de la capital, lleva a cabo junto a Ángel Llorca, las denominadas «Comunidades Familiares de Educación», concibiendo la escuela como un hogar. Asimismo, tras la muerte de Franco, en una España democrática que iniciaba el siglo XXI, Marta Mata i Garriga siempre manifestó su defensa y empeño vital por una educación pública de calidad para todas las personas, en el marco de una pedagogía progresista y activa, en los numerosos cargos políticos que ocupó relacionados con la educación, como en el Consejo Escolar de Estado, del que fue presidenta entre 2004 y 2006.

Un tercer rasgo distintivo de este grupo de educadoras es la *orientación social reformadora de muchas de sus obras.* La *Escola del Bosc* de Montjüic (1914-1931), gran legado de Rosa Sensat, es una clara muestra del reformismo social y político, dirigida a alumnado con problemas de salud, una escuela fundamentada en la ciencia, el arte y la moralidad. El Niño Descalzo (1906) fue fundado por María Barbeito para solventar las necesidades de zapatos y ropa de escolares de A Coruña; además, ella también colaboró estrechamente en las Colonias Escolares desde 1912, una institución que contribuyó a la lucha contra las enfermedades pulmonares asociadas a la tuberculosis, y en la que participó también Justa Freire (1923-1928). Muestras como estas se pueden observar en la vida de estas mujeres que enfocaron su vida como un compromiso con la creación de un mundo mejor, más justo, y no escatimaron esfuerzos.

Entender las escuelas donde se ejerce profesionalmente como espacios de vida es un cuarto elemento de conexión entre estas educadoras. Son personas vocacionales, entusiasmadas por la educación. Al respecto, cobra un gran interés acudir a los recuerdos de quienes fueron sus alumnos y alumnas, como en el caso de la vasca Elbira Zipitria. Gracias a ellos, sabemos de una maestra muy innovadora en metodología, que buscaba el contacto con la naturaleza, a través de las salidas y excursiones, como recurso pedagógico de primer orden; defensora de partir de la

realidad más próxima hasta llegar a la abstracción, y transgresora de las disposiciones organizativas más tradicionales de las aulas, impulsando a que niños y niñas trabajaran juntos e interactuaran en una clase sin mesas. O podemos mencionar el tesón de Carme Miquel i Diego quien, advirtiendo la ausencia de recursos didácticos en valenciano, y defensora de la introducción de las lenguas propias de las nacionalidades en la escuela pública, creó para el profesorado diversos libros y material en tal idioma. No se queda atrás María Sánchez Arbós, en cuyas publicaciones palpita una profunda emoción y pasión por la escuela, confiando en que, a través de ella, se podría transformar la sociedad en una línea emancipadora y justa para toda la ciudadanía.

El hacer de estas mujeres en la escuela se convierte siempre en praxis, porque está cargado de reflexión, quinto rasgo común a las nueve educadoras. A veces, escriben sus vivencias, como ejercicio indagatorio; otras muchas, publican artículos y libros como forma de intervención social y profesional sobre el presente. Así, María Luisa Navarro funda, junto con su marido Lorenzo Luzuriaga, la *Revista de Pedagogía*, el más alto exponente de la inquietud educativa en la España de los años anteriores y posteriores a la proclamación de la Segunda República; revista en la que colabora con escritos como ya antes había hecho en el *Boletín Escolar*; Justa Freire publicó diversos artículos, donde destacaba el concepto institucionista de «ambiente educador», donde se fundían ética y estética; Carme Miquel i Diego fue una autora muy prolífica, y encontramos libros, artículos, columnas de periódicos, en los que se advierte su objetivo de recuperación lingüística e introducción del valenciano en la escuela mediante una didáctica atractiva; y la lista continuaría con el resto de las protagonistas de este libro.

El último rasgo que introducen Costa y Rodríguez como definitorios de estas excepcionales mujeres, es la *preocupación por la formación del profesorado*, conscientes del papel fundamental que posee para el logro de la sociedad deseada. Nombrar, por ejemplo, la magnífica labor de Elbira Irastorza, quien se encargó durante su vida de formar a jóvenes maestras para capacitarlas en la docencia del euskera en forma casi ininterrumpida durante muchos años, y de reciclar a aquellas que ya tenían una base; o a Marta Mata i Garriga, que creó *L'Escola de Mestres Rosa Sensat* de forma clandestina en 1965, cuyos cursos de tarde y escuelas de verano fueron espacios formativos para el profesorado en

ejercicio más interesado por formase en métodos progresistas –dicha escuela fue el germen de la posterior creación de movimientos de renovación pedagógica en distintos lugares de España–; o a Carme Miquel i Diego, quien desarrolló su vertiente de formadora de formadores en instancias oficiales (Instituto de Ciencias de la Educación, Consellería) y, sobre todo, como parte de colectivos de renovación pedagógica.

A estos seis puntos en común que se señalan en el prólogo, añadiríamos uno que creemos que está presente de manera transversal en muchos de ellos: *el fuerte compromiso con el feminismo*, con la eliminación de cualquier discriminación en función del sexo. Rosa Sensat formó parte del movimiento feminista catalán del primer tercio del siglo XX que, con un carácter reformista, se ocupó de la mejora de la educación femenina, destacando su labor pedagógica en el *Institut de Cultura i Biblioteca Popular de la Dona*. María Barbeito sobresalió también por su actividad cívica y feminista, reivindicando los derechos de las mujeres a la igualdad en todos los aspectos, incluido el sufragio. María de Maeztu promueve, junto con otras mujeres, la asociación o círculo de reunión llamada el Lyceum Club Femenino, cuyo fin era defender los intereses morales y materiales de las mujeres, desarrollando todas las iniciativas culturales, científicas y económicas que redundasen en su beneficio. María Luisa Navarro funda la Agrupación Femenina Republicana, cuyo único objetivo era la defensa de los derechos de las mujeres y de la infancia. Elbira Zipitria militó en la Asociación Femenina del Partido Nacionalista Vasco, entre cuyos objetivos estaba la transmisión del euskera y la educación de niños y niñas. La enumeración podría continuar porque, fueran o no miembros activos de alguna organización claramente feminista, su propio ejemplo de vida era la mejor muestra de la interiorización de los principios de este movimiento.

Aunque algunas de ellas sí recibieron reconocimientos y honores, frecuentemente después de haber pasado también por grandes dificultades y obstáculos, como Marta Mata i Garriga, que fue presidenta del Consejo Escolar de Estado (2004-2006) o Carme Miquel i Diego, que fue nombrada miembro de la *Acadèmia Valenciana de la Llengua* en 2016, la biografía de estas nueve mujeres, sus valiosas contribuciones, siguen siendo desconocidas para la mayor parte de la población. Por ello, terminamos con estas palabras acertadas de María del Mar del Pozo, pensadas inicialmente para referirse a Justa Freire, pero claramente extensible

al resto de las protagonistas de este libro, con las que también comienza la obra. Ellas sintetizan el propósito general de esta imprescindible publicación dentro de la Historia de las mujeres: «Las generaciones del presente y del futuro tenemos la obligación y el deber moral de rastrear y contar su historia, de sacar a la luz sus ideales, de airear su ejemplo y de demostrar, en sus vidas, el inmenso poder de la educación para transformar el mundo».¹

Virginia Guichot Reina
Universidad de Sevilla
guichot@us.es

¹ María del Mar del Pozo Andrés. *Justa Freire o la pasión de educar. Biografía de una maestra atrapada en la historia de España (1896-1965)*. Barcelona: Octaedro (2013), 267.